

El lugar teológico de la escatología

Para el hombre tiene importancia decisiva el hecho de que en último término busca su seguridad existencial y su vital plenitud en Dios y no en la naturaleza. Quien intenta ajustarse, como las plantas o el animal, al ritmo de la naturaleza y se contenta con ello se hace violencia a sí mismo, es decir, a la parte espiritual de sí mismo y a la semejanza a Dios en ella fundada. El hombre es distinto de la materia, de la planta y del animal porque es un ser personal. En Dios y sólo en El puede encontrar en definitiva el cobijo apropiado a su naturaleza y que representa la meta de su anhelo.

Dios se hizo accesible en Jesucristo. Desde el pecado original, es decir, desde el comienzo de la historia humana, el hombre necesita la liberación del pecado para ver dónde puede encontrar su verdadera salvación y para poder alcanzarla de hecho. Cristo, salvador del pecado, es el camino hacia Dios Padre (*Io.* 14, 1). La mirada hacia Dios y la esperanza en El se realiza, por tanto, en la mirada hacia el Cristo histórico y en la esperanza en El. La mirada

esperanzada hacia el cielo sólo puede realizarse en la mirada hacia la historia, a saber, en la mirada hacia la vida, muerte y resurrección de Cristo.

El hombre que se dirige al Señor mira hacia el pasado, hacia el “entonces” y “allí”, hacia el tiempo “cumplido”, cuya plenitud hizo el encarnado Hijo de Dios, hacia el tiempo cumplido en que vivió Cristo. La mirada hacia ese pasado no es un recuerdo vacío, pues el pasado no ha pasado del todo. No es sólo que el tiempo “cumplido” configure y fundamente, como todo pasado histórico, el presente, sino que está presente de algún modo en todo tiempo posterior, pues Cristo llena los siglos como prometió: “Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo” (*Mt. 28, 20*). El ojo que se vuelve a mirar al Señor que vivió, murió y resucitó en el mundo se vuelve, por tanto, hacia el Señor, que vive en la gloria del Padre y está presente entre los suyos, hacia Cristo, que, según San Pablo, se hizo espíritu, que existe con su cuerpo glorificado y en medio de los suyos, de su Iglesia, obra salvadoramente a favor suyo y a favor de todo el mundo (*II Cor. 3, 17*; cfr. la disertación de Ingo Hermann, en la Universidad de Munich, *Christus ist Pneuma geworden*).

Cristo, para siempre signado por la Cruz y Resurrección, glorificado ya, cumple su obra salvadora en la palabra y en los sacramentos de la Iglesia (cfr. vol. IV, § 176 b). Está presente en estos procesos como agente. Proclamación de la palabra y administración de los sacramentos de la Iglesia actualizan de algún modo las acciones salvadoras de Cristo, cada una de distinto modo, pero todas eficazmente. En esta actualización ocurre la presencia activamente salvadora de Cristo mismo. La presencia activa del Señor está oculta dentro de la historia. Desde la Ascensión está en nuestro mundo empírico relativamente presente y relativamente ausente. En efecto, está velado por las formas perecederas y transitorias de nuestro mundo actual. Pero tenemos la promesa de que el Señor saldrá de su ocultamiento y se manifestará en su figura desvelada. Esta su segunda venida traerá la plenitud de la historia y del cosmos. Tendrá, por tanto, a la vez, una función panhistórica y otra pancósmica. La primera venida puso los fundamentos de la segunda. Es su condición y comienzo. Sólo en la segunda venida se cumplirá su sentido. El Señor pasado, que es a la vez el presente, será, por tanto, también el futuro. Quien se dirige en la fe al Señor pasado y se vuelve con amor creyente al presente, mira a la vez en la esperanza hacia el

Señor futuro que se revelará en una hora venidera sólo para El conocida. La mirada al Señor abarca, pues, tres tiempos—pasado, presente y futuro—, y no como tres estadios de la historia que se siguieran uno a otro mecánicamente y se anularan uno a otro, de forma que el presente no fuera más que el punto de contacto del pasado con el futuro, sino como tres acontecimientos que recíprocamente se completan y soportan, se configuran y compenetran, aunque a la vez se muevan en una recta sucesiva e irreversible.

En este triple paso salvador del tiempo participa realmente el cristiano. Sólo participando de la muerte y resurrección del Señor alcanza la salvación. Dentro de la historia ello ocurre ocultamente, correspondiendo al ocultamiento de la presencia activa de Cristo mismo. Ambos ocultamientos acabarán a la vez. Cuando el Señor aparezca, también la participación en su vida entrará en el estadio de la Revelación. Entonces se cumplirá la unión con Cristo resucitado como existencia corporal glorificada de toda la humanidad y hasta de toda la creación. Sin embargo, al individuo se le concede ya una anteplenitud en el estado intermedio que va desde la muerte hasta la vuelta de Cristo. La esperanza última y verdadera se orienta, es cierto, a la resurrección de los muertos. Pero como el continuado vivir individual en comunidad con Cristo y con Dios es supuesto y condición de la pertenencia al mundo glorificado, a esta vida le conviene también la mayor importancia.

En este volumen vamos a exponer el futuro hacia que camina el cristiano basándonos en lo que sobre él se atestigua en la Sagrada Escritura y en la Tradición, según la garantía del magisterio eclesiástico. Como el futuro no será más que el pasado y presente cumplidos y desarrollados, revelados, no se puede hablar de él sin hablar también del pasado y del presente.

Supuesto de la esperanza futura del hombre es su capacidad de dirigirse hacia el futuro. No es evidente que lo pueda. El animal no tiene esperanza alguna en el futuro ni puede tenerla. El hombre, en cambio, es capaz de esperanza. Esto es para él tan esencial, como es esencial para el animal no tener esa capacidad. El hombre puede encaminarse hacia el futuro en razón de su estructura histórico-espiritual. Para él tiene sentido poner las esperanzas en el futuro en razón de la estructura histórico-temporal de la automanifestación de Dios. La exposición de los “Novísimos” comprende, por tanto, el estudio y descripción de la fundamental constitución histórico-temporal tanto del hombre como de la revelación divina.

Por estas reflexiones se verá que hay que tratar primero la doctrina de los novísimos de la humanidad y del cosmos, y después la de los novísimos del hombre individual. Contra este orden no habla el hecho de que para la mayoría de los hombres ocurra primero la escatología individual que la universal. En el orden de nuestra exposición importa que se vea la verdadera importancia de las partes.